

## ¿QUIERES CURARTE? (JN 5,6)\*\*

A primera vista, esta pregunta de Jesús al paralítico, cuya respuesta parece ser tan evidente, es una simple entrada en materia, previa al milagro obrado por el “Médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos”, como lo nombra la liturgia bizantina. Ahora bien, las evidencias más manifiestas son a veces las más engañosas. Y... ¿si se tratara aquí de una pregunta que hay que temer?

### La situación de “herido”

Quizás, después de todo, ¿es acaso tan fácil curar, o, de una manera general, cambiar de estado? Nuestro paralítico proporciona al respecto un ejemplo, para quien la enfermedad, aunque sufrida, ha llegado a ser una segunda naturaleza. ¿Quién eres? Soy un enfermo. En nuestros días se diría quizás: soy una persona herida.

Al ser una persona herida, puede que sirva de modelo. Mejor que una profesión, puede ser una situación. Uno no puede volver, por definición, a las contrariedades de ese estado: la herida ya está hecha. Pero uno puede obtener por ella algunas reivindicaciones. Yo estoy herido, por lo tanto, tengo derecho a ciertas consideraciones. Es necesario que me traten con delicadeza, o con sentimientos compasivos. Las heridas pasadas pueden ser una justificación suficiente para mis recriminaciones o rezongos, nuestro paralítico nos da un ejemplo. En una palabra, si soy malo o vengativo, mi estado de “herido” me permite reclamar por lo menos circunstancias atenuantes.

Por cierto, en los medios cristianos donde este vocabulario está en boga, no se habla de “heridas”, en principio, sino para ponerse en camino

\* Hieromonje Eliseo: Monje melkita (greco-católico) desde 1980. Diplomado en el Instituto de Teología Ortodoxa “San Vladimir”, de Nueva York. Profesor de Patrología en el Seminario Armenio Ortodoxo de Jerusalén.

\*\* Traducción del original en francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía *Gaudium Mariae*, Córdoba, Argentina.

hacia su curación. Pero, ¿es bien seguro que el problema, como su solución, han sido planteados de manera verdaderamente evangélica? ¿Curar o ser salvado? Y ¿con qué objetivo? Podemos en efecto interrogarnos sobre la causa de nuestra condición de “heridos”. Porque es muy de temer que una consideración que mueva a la compasión de nuestras propias heridas, nos conduzca a “la ilusión victimaria”. A fuerza de considerarse ante todo como una persona herida, uno llega necesariamente a decirse que eso se debe a la falta de alguna cosa o de alguien. Con toda evidencia, se trata de aquello que (o de quien) nos ha herido. Eso en ningún caso puede haberse dado por causa nuestra: las víctimas somos nosotros. La rumia agrídulce de nuestros traumas corre el riesgo siempre de caer en la satisfacción ilusoria de estar del lado del cordero, y nunca del que prende la mecha. ¡Y estamos aquí! Plenamente en la famosa escena que sigue a la funesta transgresión en el Paraíso: “¡yo no soy, es el otro!” Ahora bien, según san Doroteo de Gaza, no es tanto el hecho de comer el fruto prohibido lo que constituye el pecado, sino la impenitencia que le sigue. Si –nos dice audazmente este Padre–, Adán se hubiera arrepentido en lugar de cargar sobre los demás, ¡él no habría sido expulsado del Paraíso! Vemos aquí, por lo tanto, cómo el Adversario llega sutilmente a sus fines: de una consideración en el fondo bastante verdadera de un estado de caída, nos hace deslizar hacia la auto-justificación y la acusación de los demás, lo cual, ante la falta del diagnóstico apropiado, corta toda posibilidad de curación verdadera.

Es importante comprender que curar es un problema de conversión. No tenemos que exigir de Dios que repare el mal que nos ha sido (o que nos habría sido) hecho. Debemos, por el contrario, para curar, implorar de Él el perdón de nuestros pecados. Por lo tanto, es preciso cuidarse de invertir las causalidades. En el Evangelio, como en la teología cristiana, la enfermedad –la “herida” si se quiere– es la consecuencia del pecado. Considerar la curación es, por lo tanto, comprometerse en la conversión.

### **La ilusión regresiva**

Hay, por otra parte, en el centro de toda esta “espiritualidad” que hace a la economía del arrepentimiento, un presupuesto tácito poco evangélico. Me parece que proviene de una asimilación inconsciente, aun cuando esté muy diluida, de un “dogma psicoanalítico”. Para la psicología de lo profundo, las neurosis no son devastadoras más que en la medida en que son rechazadas e inconscientes. La meta de la curación es agarrarlas con la mano, nombrarlas, ponerlas de relieve, y entonces, pero solamente entonces, es posible la restauración del equilibrio psíquico. Es por lo demás aquí donde se ve

hasta qué punto el psicoanálisis puede ser un gnosticismo, aunque positivista. Me parece encontrar algo similar en lo que se denomina a veces la “curación interior”. El hecho de conocer y de identificar las heridas es lo previo a su desaparición. Es necesario precisar que eso es el perdón, que a menudo es presentado como el medio de esta curación, lo cual es perfectamente evangélico y, muy frecuentemente, de una real eficacia psicósomática. Pero la pregunta se refiere al término. “Hacer desaparecer”, “borrar” las heridas, ¿con qué objetivo? Uno puede que se quede con la impresión de que se trata muy a menudo de la simple restauración de una integridad psíquica y espiritual inicial, dañada por la crueldad de la vida.

Ahora bien, esa no es exactamente la visión cristiana. Como lo hace notar acertadamente el P. Louis Bouyer, a propósito de los Padres del desierto:

“A la pura y simple liberación propuesta por la terapéutica freudiana, se agrega un factor no solamente nuevo, sino creador. No se trata en absoluto de deshacer simplemente complejos revelando a la conciencia clara, los elementos oscuros que los habían edificado en el inconsciente. A esta tarea negativa, que es todo lo que puede un psicoanálisis que no pretende ser otra cosa, la espiritualidad de un san Antonio agregará intrépidamente una obra positiva y verdaderamente creadora. Se propondrá nada menos que el acceso a un nuevo universo espiritual, a un nuevo cosmos. Así, tiene la satisfacción de asegurar a la psiquis una reorientación en un plano superior de todos los elementos del yo”.

No se trata por lo tanto de volver a encontrar una especie de virginidad psíquica y espiritual por medio de una anamnesis, aun cuando pueda ser útil. Somos invitados a ir deliberadamente, sin reparar en obstáculos, hacia adelante, a partir de nuestra situación “herida”, para transfigurarla desde lo alto accediendo a un nivel superior del ser. Como Dios es, según el adagio, capaz “de escribir derecho en renglones torcidos”, nuestras “heridas” pueden metamorfosearse entre sus manos, en precioso e irremplazable progreso en el Espíritu. En efecto, es corriente que, en nuestra vida espiritual, nuestras “heridas” revelen ser caídas y asperezas sumamente preciosas y necesarias para toda ascensión. Nuestra verdad está más allá de nosotros, y no en este mundo; hacia adelante, y no hacia atrás.

Decir esto es, por lo demás, subrayar un punto que parece que cada vez se pierde más de vista. La vida cristiana no es la búsqueda del equilibrio, del desarrollo de sí mismo, de la expansión personal. Dicho con más exactitud, la verdadera realización de sí mismo no se alcanza sino olvidándose a tra-

vés de las etapas de un perpetuo éxodo. No es difícil volver a encontrar, detrás de la valorización moderna del equilibrio, el viejo horror de la filosofía griega por el “movimiento”, que es siempre percibido como una degradación. Ahora bien, la experiencia cristiana es esencialmente dinámica, y de una dinámica orientada hacia la divinización, es decir hacia otra parte y más alta que el yo. ¿Cómo podría ser de otro modo, dado que esta dinámica es la misma vida trinitaria? En esta última, la plenitud hipostática de cada persona no se manifiesta sino en la realización de la voluntad de las otras dos.

### **Acerca de la utilidad y de la belleza de las cicatrices**

Como epílogo, una historia atribuida a Rabbi Nahman de Bratslav ilustrará mi exposición mucho más claramente que todo lo que precede.

Había, en un país lejano, un palacio. En ese palacio habitaba un rey. Y ese rey poseía la más hermosa joya que hubo sobre la tierra: una piedra de Sardónice de una pureza inigualable y de una delicadeza incomparable. Y esa sola posesión bastaba para colmar al rey, que se consideraba como el más dichoso de toda la tierra. Ahora bien, ocurrió, no se sabe por qué accidente, mala intención o envidia —a menos que fuera por la intervención de Satán, siempre al acecho de una mala acción—, que esa alhaja pura fue irremediablemente rayada. Una profunda estría la atravesaba a todo lo largo. El rey estaba mucho más desesperado por cuanto todos los joyeros que hizo venir fueron formales: era imposible, dada la delicadeza de la piedra, intentar pulirla para borrar la rayadura: la joya sería definitivamente desfigurada. De golpe, el rey se consideró como el más desdichado de toda la tierra y descuidó los asuntos del reino. Éste se venía a pique.

Llegó al país un vagabundo, venido no se sabe de dónde, que preguntó al paisano que lo albergaba por qué esa comarca estaba tan desolada. Se le explicó que era a causa de la desesperación del rey, y cuál era la razón de ella. Pidió entonces ver al rey, y la piedra. El rey estaba tan abatido que consintió en recibir al vagabundo, pasando por encima de todas las preveniciones de los joyeros. Las protestas de estos últimos se hicieron más vehementes cuando el desconocido declaró que podía hacer algo por la piedra sin alterarla por nada del mundo. El rey, que estaba en la cumbre de la desesperación, aceptó. El vagabundo se encerró entonces en una habitación. Cuando volvió a salir, mostró su obra al rey. Había utilizado el eje de la rayadura como tallo de una rosa, y, con una delicadeza maravillosa, había grabado dos hojas en sus costados coronándola con una flor opulenta. El rey quedó estupefacto por la maravilla. Los mismos joyeros debieron reconocer que la piedra estaba infinitamente más hermosa que lo que jamás había estado antes de

su rayadura. En cuanto al vagabundo, el rey quiso recompensarlo en la medida de su felicidad recuperada, pero él había súbitamente desaparecido...